

Comentario a la Regla de san Agustín

CAPÍTULO OCTAVO (III/B)

6.5. *El significado de flagrantēs*

Flagrantēs es una forma verbal de participio de presente. Hay que darle, pues, un sentido activo y un valor de presente, que refleje la contemporaneidad con el verbo regente, *obseruetis*. El legislador, más que ordenar algo, hace una constatación: los siervos de Dios *flagrant bono Christi odore*.

Flagrare significa arder, inflamar, en sentido literal y figurado. En latín el verbo rige ablativo de medio. Lo que va en ablativo es lo que hace arder. Alguien *flagrans amore* es alguien al que el amor hace arder, alguien profundamente enamorado. En este contexto aparece muy frecuentemente en las obras agustinianas el sintagma *flagrare caritate/amore/dilectione*¹.

¿Cabe este significado en la frase de la Regla que nos ocupa? En principio es, al menos, posible. Es cierto que el ablativo regido por el verbo es aquí «olor», pero no hay que olvidar que el amor aparece mencionado poco antes: «... observar todo esto con amor (*dilectione*)». Si es ese amor el que convierte a los siervos de Dios en «enamorado de la belleza espiritual», ese mismo amor es el que los hace enamorarse «del buen olor de Cristo». Tenemos dos frases conceptualmente paralelas, con la oportuna *variatio* literaria: *amatores/flagrantēs*. Tanto el *amare* como el *flagrare* son consecuencia de la *dilectio*. Si ello es verdad, nada impide traducir aquí *flagrantēs* por enamorados o, para variar, enardecidos por el buen olor de Cristo.

¹ Cf. *Sol.* 1,22; *mor.* 1,22; 1,64; *Gn. adu. Man.* 2,32; *uera. rel.* 89; *util. cred.* 1; *s. dom. m.* 1,54; 2,35; *diu. Qu.* 66,6; *c. Faust.* 22,43; 22,53; *c. Sec.* 24; *Trin.* 2,28; etc.

6. 6. *El buen olor de Cristo*

El meollo de la cuestión está ahora en averiguar en qué piensa el santo al referirse al buen olor de Cristo. Es obvio que no se trata de ningún olor físico². Como ya indicamos, aunque algunos autores lo relacionan con el culto –olor de los sacrificios–, derivando de ello la autoofrenda sacrificial a Dios de los siervos de Dios, la mayoría piensa en el buen nombre, en la fama de santidad de los siervos de Dios³ individual y comunitariamente, deduciendo de ello la necesidad del buen ejemplo y, paralelamente, la dimensión apostólica de la vida monástica. Pero estos planteamientos no aportan solución al problema planteado: en realidad hablan más bien del buen olor de los siervos de Dios, no específicamente del buen olor *de Cristo*, que ellos aspiran y que ellos desprenden.

Un criterio adecuado para averiguar el pensamiento del obispo de Hipona en cualquier texto de su obra consiste en descubrir el pasaje bíbli-

² S. 112,4: «nullum in illo temporalem odorem quaesiimus: perfudit eum quaedam mulier pretiosissimo unguento, domus illa odore completa est: sed nos ibi non fuimus; ecce non olfecimus, et credidimus».

³ ¿Cuál es, según san Agustín, el *buen olor de Cristo* de que habla san Pablo? En relación con 2 Cor 2,15-16, es frecuente leer que, para el santo, el buen olor de Cristo es la buena fama de los cristianos. Es verdad, así lo afirma él. Pero su pensamiento es bastante más complejo. Unas veces refiere ese buen olor a personas, otras a su expansión, y otras a determinados modos de comportarse. En ello no hay que ver ninguna falta de coherencia. De una parte, hay que tener en cuenta que se trata siempre de comentarios circunstanciales que dependen mucho del tema que está tratando; de otra, que sus respuestas obedecen a perspectivas diferentes, recogidas todas en este texto: «El Apóstol nos enseña que el buen olor se halla en la buena fama de los cristianos que viven santamente» (c. *litt. Parm.* 2,10,22). Con referencia a ese buen olor, el santo contempla, pues, quiénes poseen el buen olor (sujeto: los cristianos), qué desprende en ellos ese buen olor (origen: la vida santa), y qué consecuencias se siguen (difusión: la buena fama), sin tener reparo en servirse del verbo «ser» en cada aspecto.

¿Quiénes son, entonces, ese “buen olor”, en el sentido de que lo desprenden (en. *Ps.* 44,22; en. *Ps.* 80,14)? En 2 Cor 2,15, san Pablo usa la primera persona del plural: «somos». Un “somos” que, según los diferentes textos, san Agustín concreta en los cristianos (c. *litt. Parm.* 2,10,22), en Pablo mismo (s. 273,5; en. *Ps.* 90,2; *Io. eu. tr.* 50,7;), en el conjunto de los apóstoles (s. 273,5,5; c. *adu. leg.* 2,11,37; c. *Iul.* 3,23,53; *praed. sanct.* 20,41), en los fieles todos, los santos, los elegidos, la Iglesia entera (en. *Ps.* 21,2,2; 44,22), los católicos en contraste con los herejes (en. *Ps.* 80,14); los mártires (s. 273,5,5); Cipriano (S. 312,3,3; 313 C,2). A su vez, lo que en estos diversos sujetos desprende el buen olor de Cristo es, según los casos, la vida entera de Pablo que actúa santamente (*Io. eu. tr.* 50,8; en. *Ps.* 44,22); la vida santa (ep. 48,4); la vida santa sin pecados (en. *Ps.* 37,9); la veracidad y sinceridad católica, frente al dolo y engaño de los herejes (en. *Ps.* 80,14); la belleza de las buenas obras (en. *Ps.* 90,2); la defensa de la gracia (ep. 186,12,39); el buen uso de la gracia de Cristo (c. *Iul.* 3,23,53); la bondad que lleva a la alabanza del Señor (*Io. eu. tr.* 50,7); la caridad (ep. 140,22,55); las cualidades morales (ep. 27,2); la enseñanza, vida y muerte de san Cipriano (s. 313 C,2), etc. Por último, el santo indica que el buen olor se identifica con la buena fama porque produce esa buena fama (*Io. eu. tr.* 50,7; *op. mon.* 28,36; ep. 48,4; cf. también s. 273,5,5; *Io. eu. tr.* 31,11).

co que le inspira, dando por hecho que existe. Al respecto son dos los textos que nos salen al paso, ya aludidos: 2 Cor 2,15 (*Somos para Dios el buen olor de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden*) y Ct 1,3 (*Correremos tras el olor de tus perfumes*). El primero de ellos, que los comentaristas de la Regla asumen que subyace en la frase agustiniana, menciona explícitamente el buen olor de Cristo; en el segundo, al que sólo L. Cilleruelo –que sepamos– ha hecho referencia, san Agustín descubriría también ese buen olor de Cristo. En efecto, de una parte, en línea con la tradición eclesial, el santo ve simbolizado a Cristo en el esposo del Cantar de los cantares; de otra, el olor que desprende es un olor bueno, agradable, olor de perfumes; por último, el «correr» del texto del Cantar se compagina bien con el «estar enardecido», «arder en deseos de», significado de *flagrare*. Se trata de dos textos que el santo asocia más de una vez. Una de ellas en la obra *El trabajo de los monjes* y otra en el *Comentario al Salmo 37*. Mientras en este último texto el santo se dirige en general a todos los cristianos, en el primero se dirige específicamente a monjes.

El comentario al salmo, que posee una estructura básicamente similar a la de la Regla⁴, lo comentamos ya poco antes. Examinemos, pues, el otro texto. Hacia el final de la obra san Agustín dirige una cálida exhortación a los monjes, que comienza de esta manera: «¡Siervos de Dios, soldados de Cristo! ¡Así cerráis los ojos a las asechanzas del más astuto enemigo? Él trata por todos los medios de oscurecer con sus hedores vuestra buena fama, ese buen olor de Cristo (cf. 2 Cor 2,15-16), impidiendo que almas buenas digan: *Correremos tras el olor de tus perfumes* (Ct, 1,3) y así escapen de sus lazos»⁵. El santo continúa describiendo una serie de comportamientos de ciertos monjes que desacreditaban el propósito monástico, tan bueno y tan santo –dice– que querría que se extendiese por toda el África⁶. El texto, que presenta a los monjes santos gozando de buena fama, identificada explícitamente con el buen olor de Cristo, describe el

⁴ Cf. *Estructura de la Regla de san Agustín*, en *Estudio Agustiniano* 35 (2000) 49-77. Otros textos son s. 273,5,5; en. Ps. 44,22.

⁵ *Op. mon.* 28,36: «O serui dei, milites Christi, itane dissimulatis callidissimi hostis insidias, qui bonam famam uestram, tam bonum Christi odorem, ne dicant animae bonae: post odorem ungentorum tuorum curremus [Ct 1,4], et sic laqueos eius euadant, omni modo cupiens obscurare putoribus suis...». Sobre los lazos que tiende Satanás a los monjes, para que no eleven su vuelo a Dios, cf. también *Ep.* 48,2.

⁶ *Ib.* « tam multos hypocritas sub habitu monachorum usquequaque dispersit, circumeuntis prouincias, nusquam missos, nusquam fixos, nusquam stantes, nusquam sedentes. Alii membra martyrum, si tamen martyrum, uenditant; alii fimbrias et phylacteria sua magnificent; alii parentes uel consanguineos suos in illa uel in illa regione se audisse uiuere et ad eos pergere mentiuntur. Et omnes petunt, omnes exigunt aut sumptus lucrosae egestatis aut simulae pretium sanctitatis, cum interea in malis factis suis ubicumque deprehensi fuerint uel quo-

ingreso en la vida monástica como un «correr tras el olor de los perfumes de Cristo»⁷. A diferencia del texto paulino, que habla sólo del buen olor de Cristo, el texto del Cantar de los cantares hace referencia a sus perfumes que son los que desprenden el grato olor. El olor de Cristo es el que desprenden sus perfumes. Ahora procede, pues, tratar de descubrir cuáles son esos perfumes de Cristo.

P. Meloni ha estudiado la interpretación dada por los Padres de la iglesia, incluido san Agustín, de Ct 1,2 (*unguentum effusum nomen tuum*). Como ven en el esposo una figura de Cristo, entienden que es Cristo quien desprende ese *unguentum*, ese perfume en el que advierten un símbolo de la inmortalidad⁸. San Agustín se aparta de esa interpretación tradicional del *unguentum effusum*, viendo en ese perfume la buena fama de Cristo, extendida por el mundo entero⁹. Sin embargo, su interpretación del perfume a propósito de Ct 1,3 (*curremus post odorem unguentorum tuorum*) se sitúa en la misma línea del pensamiento patrístico.

Recordemos cómo en el *Comentario al salmo 37* el santo interpretaba el presente del *somos buen olor de Cristo* (2 Cor 2,15) en clave de futuro: para el cristiano es realidad escatológica; sólo es realidad presente en la esperanza, en el recuerdo del sábado eterno. Y se explica: en el presente el hombre tiene heridas que supuran y hieden (*computruerunt et putuerunt livores mei*). Por tanto, ese olor de Cristo sólo lo puede esperar para el futuro escatológico, una vez curada su naturaleza de todas sus heridas y hecha igual a la naturaleza humana de Cristo glorificado. Lo cual no quita que, gracias al Espíritu, posea ya de alguna manera ese olor que desprenden los perfumes del esposo y en pos del cual se propone correr como la esposa del Cantar de los cantares (cf. Ct 1,3). La naturaleza de esa posesión, por su asociación con el Espíritu Santo, se puede entender a partir de 2 Cor 5,5, en que san Pablo sostiene que se nos ha dado el Espíritu como arras, es decir, como anticipo de la futura inmortalidad.

Al texto comentado se pueden añadir otros, que cubren un amplio espacio cronológico. El primero lo tenemos en el último libro de las *Con-*

quo modo innotuerint, sub generali nomine monachorum uestrum propositum blasphematur, tam bonum, tam sanctum, quod in Christi nomine cupimus, sicut per alias terras, sic per totam Africam pullulare».

⁷ Entendemos que el impedir que almas santas digan: «Correremos tras el olor de tus perfumes» equivale a impedir que abracen la vida monástica, apartadas de ello por la vida poco ejemplar de determinados monjes.

⁸ P. MELONI, *Il profumo dell'immortalità. L'interpretazione patristica di cantico 1,3*, Roma 1975. El título del libro es ya orientador.

⁹ Cf. *C. Don.* 37; *C. litt. Pet.* 3,6,7; *Io. eu. tract.* 51,1.

fesiones en el que el santo interpreta alegóricamente el relato de la creación. En el marco de esa interpretación, ve en las aguas que hay sobre este firmamento a los ángeles *inmortales* y *al abrigo de toda corrupción terrena*, que no tienen necesidad de la Escritura (el firmamento), porque ven siempre la faz de Dios y en ella leen lo que quiere su voluntad eterna. «Leen, eligen y aman. Leen siempre y nunca pasa lo que leen, porque, eligiendo y amando, leen la incommutabilidad misma de tu consejo». Pasan las nubes (los predicadores), como pasará todo, incluido el cielo (la Escritura), aunque siga extendido sobre los pueblos hasta el fin de los tiempos. Lo único que no pasará es la Palabra de Dios, que permanece para siempre. Esa Palabra se nos manifiesta ahora en el enigma de las nubes (los predicadores) y en el espejo del cielo (la Escritura), porque, aunque somos objeto del amor del Hijo de Dios, aún no se nos ha revelado lo que seremos. Esa misma Palabra nos miró a través de la rejilla de su carne y nos acarició y nos inflamó y corrimos «en pos de sus perfumes (cf. Ct 1,3)». Pero cuando se nos manifieste seremos semejantes a ella porque la veremos como es. Verla estará en nuestro poder, algo que aún no podemos¹⁰.

La rejilla del Cantar de los cantares (2,9) a través de la cual mira el esposo se convierte aquí en símbolo de la condición humana de Cristo, gracias a la cual se ha dado a conocer a los hombres¹¹. Esa misma condición humana la ve el santo como la mano con la que el Hijo de Dios acaricia al hombre; una condición humana bien perfumada, pues sus perfumes encienden en llamas a quien los percibe y le impulsan a correr en pos de ellos (cf. Ct 1,3). Lógicamente se trata de la naturaleza humana de Cristo glorificada –de ahí los perfumes–, que ha alcanzado ya la inmutabilidad propia del Hijo de Dios. En el texto agustiniano es significativa la conjun-

¹⁰ *Conf.* 13,15,18: «Sunt aliae aquae super hoc firmamentum, credo, inmortalis et a terrena corruptione secretae... *Vident enim faciem tuam semper* (Matth 18,10) et ibi legunt sine syllabis temporum, quid velit aeterna voluntas tua. Legunt, eligunt et diligunt; semper legunt et nunquam praeterit quod legunt. Eligendo enim et diligendo legunt ipsam incommutabilitatem consilii tui... Transeunt nubes, coelum autem manet. Transeunt praedicatores verbi tui ex hac vita in aliam vitam. Scriptura vero tua usque in finem saeculi super populos extenditur. Sed sed et *coelum et terra transibunt; sermones autem tui non transibunt* (Matth. 24,35); quoniam et pellis plicabitur, et fenum super quod extendebatur, cum claritate sua praeteriet; *verbum autem tuum manet in aeternum* (Isai. 40,6); quod nunc in aenigmate nubium et per speculum coeli (1 Cor. 13,12), non sicuti est apparet nobis; quia et nos quamvis Filio tuo dilectissimi, nondum apparuit quod erimus. Attendit per retia carnis, et blanditus est, et *inflammavit*, et cucurrimus post odorem eius (cf. Cant. 1,3). Sed cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est (1 Joan. 3,2) : sicuti est, Domine, videre nostrum, quod nondum est nobis».

¹¹ M. SIMONETTI, *Commento al libro XIII*, en Sant'Agostino, *Confessioni I: libri XII-XIII*, a cura di J. Fontaine... Milano 1996, p. 266-267.

ción adversativa «pero», que implica la contraposición de dos momentos: en el presente, tras habernos acariciado e inflamado la Palabra de Dios, nos hemos puesto a correr en pos de sus perfumes, pero, cuando se nos manifieste, seremos semejantes a ella; es decir, ya no correremos en pos de sus perfumes, porque, al ser semejantes a ella, estaremos en posesión de ellos. Mientras que ahora sólo nos es posible correr en pos de ella, porque nos llegan sus perfumes, entonces la podremos ver y cesará nuestro correr. La semejanza con él comportará la inmortalidad y el estar al abrigo de toda corrupción. Tales son los perfumes en pos de los que corremos, perfumes ya en posesión de los ángeles.

Otro texto nos lo ofrece el *Comentario al salmo* 90. En su exposición, el predicador llega al versículo 16: *Y le haré ver mi salvación*. Da por hecho que esa salvación es Jesucristo y se pregunta qué sentido tiene el anuncio, dado que ya fue visto en la tierra. La respuesta remite a su manifestación futura¹². El santo habla de un sublime espectáculo que es nuestro Señor Jesucristo: ver en condición excelsa al que fue visto en condición humilde, lo que conlleva verle como le ven ahora los ángeles en el cielo, es decir, en cuanto Palabra de Dios¹³. Es la promesa que Jesucristo mismo ha hecho a quien le ama: *Me mostraré a él* (Jn 14,21). Esta promesa impulsa al predicador a exhortar a sus oyentes con estas palabras: «Deseémosle y amémosle; ardamos (*flagremus*) en deseos de él, si somos su esposa. El esposo está ausente, tengamos paciencia: vendrá aquel que esperamos... Amémosle e imitémosle; corramos en pos de sus perfumes, conforme a las palabras del Cantar de los cantares: *Correremos en pos del olor de tus perfumes* (Ct 1,3). Vino, pues; desprendió su perfume y su olor llenó el mundo». A continuación se pregunta de dónde vino ese olor; responde que del cielo y concluye con esta nueva exhortación: «Síguele al cielo si no es falsa tu respuesta cuando se te dice: Pon en lo alto tu corazón, tu pensamiento, tu amor, tu esperanza, para que no se *pudra* en la tierra¹⁴.

¹² *En. Ps.* 90,2,13 : «Et ostendam illi salutare meum. Nec hoc, fratres, breviter praeterendum est. Ostendam illi salutare meum: hoc dicit, Ostendam illi ipsum Christum. Quare? non est visus in terra? Quid magnum nobis habet ostendere? Sed non est visus tali visu, quali videbimus...».

¹³ *Ib.* «... Imo et nos (oculos) cordis habemus; sed per fidem adhuc videmus, non per speciem. Quando erit species?... Quidquid laboras, ad hoc laboras, ut videas. Nescio quid magnum est quod visuri sumus, quando tota merces nostra visio est: et ipsum magnum visum hoc est, Dominus noster Jesus Christus. Ipse qui humilis visus est, ipse videbitur magnus, et laetificabit nos, quomodo videtur modo ab Angelis: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum* (Joan. I, 1)».

¹⁴ *Ib.*: «Attendite qui hoc promisit, ipsum Dominum in Evangelio dicentem: *Qui diligit me, diligitur a Patre meo, et ego diligam eum*. Et quasi diceretur ei, Et quid ei dabis qui diligit te? *Ostendam*, inquit, *meipsum illi* (Id. 14, 21). Desideremus, et amemus: *flagremus*, si sponsa

En este pasaje, el texto de Ct 1,3 aparece asociado a la promesa de Dios de mostrar su salvación, Jesucristo, y a la de Jesucristo mismo de mostrarse a quien le ame a él y al Padre. La promesa se refiere a poder verle en su humana condición gloriosa. De ahí que el predicador invite a desearle y a enardecerse por él, con amor de esposa que quiere encontrarse con su esposo. El ungüento que desprende el olor y que excita el amor es su condición excelsa, es decir, glorificada, que da razón de la recomendación última de poner en lo alto el corazón, el pensamiento, el amor y la esperanza. De nuevo, el correr en pos del olor de los perfumes de Cristo va asociado a la condición gloriosa de Cristo y a la esperanza. Es significativa también la motivación adjunta por la que se ha de poner el corazón en lo alto: para que no se pudra en la tierra, putrefacción que va acompañada de mal olor.

El *Tratado 26* del comentario al evangelio de san Juan, además de bien conocido, es iluminador para nosotros. En él comenta el obispo de Hipona las palabras de Jesús: *Viene a mí aquel al que el Padre arrastra* (Jn 6,44). Convencido de que quien arrastra es Jesucristo mismo, el santo se pregunta por qué prefirió decir *al que el Padre arrastra*. Y continúa: «Si hemos de ser arrastrados, seámoslo por aquel al que dice un alma enamorada: *Correremos en pos del olor de tus perfumes* (cf. Ct 1,3)». Según su explicación, el Padre arrastra hacia el Hijo a aquellos que creen en el Hijo precisamente porque piensan que tiene a Dios por Padre. Al respecto, aduce el caso de Pedro, a quien el Padre arrastró hacia Jesucristo al revelarle que es el Hijo de Dios vivo (cf. Mt 16,16-17). El arrastrarlo no consistió sino en revelarle lo que era. Como explicación le sirve el ejemplo del niño al que se le muestran unas nueces: «Es arrastrado a aquello hacia lo que *corre*; se le arrastra con el amor, sin violencia física, con la soga del corazón. Si, pues, arrastran estas cosas que se cuentan entre lo que causa agrado y placer terreno cuando se manifiestan a quienes las aman, puesto que es verdad que a cada cual le arrastra lo que le resulta placentero, ¿no arrastra Cristo manifestado por el Padre? ¿Qué desea el espíritu con más fuerza que la verdad? ¿Para qué debe tener ávidas fauces –motivo para desear tener sano el paladar interior a fin de juzgar de la verdad– sino para comer y beber la Sabiduría, la Justicia, la Verdad, la Eternidad?».

sumus. Sponsus absens est, sustineamus: veniet quem desideramus. Tantum pignus dedit, non timeat sponsa ne deseratur ab sponso: non dimittit pignus suum.... Amemus, et imitemur; curramus post unguenta eius, quomodo dicitur in Canticis canticorum: *Post odorem unguentorum tuorum curremus* (Cant. 1,3). Venit enim et olevit, et odor ipsius implevit mundum. Unde odor? De coelo. Sequere ergo ad coelum, si non falsum respondes cum dicitur, *Sursum cor, sursum cogitationem, sursum amorem, sursum spem; ne putrescat in terra*».

Pero esto se consigue de forma mejor, con más verdad y más plenitud en la vida futura. De hecho –sigue diciendo– aquí nos es más fácil sentir hambre –en el caso de que tengamos la sana esperanza– que saciarnos. «Por ello, después de haber dicho: *Nadie viene a mí si no lo arrastra el Padre que me ha enviado*, ¿qué añadió? *Y yo lo resucitaré en el último día*. Le pago con lo que ama, le pago con lo que espera. Verá lo que creyó sin haber visto; comerá aquello de lo que sintió hambre, se saciará de aquello de lo que sintió sed. ¿Cuándo? En la resurrección de los muertos»¹⁵.

El ser arrastrado, libremente arrastrado, por Cristo lo identifica el predicador con el correr en pos del olor de sus perfumes (cf. Ct 1,3). Esos perfumes los revela el Padre. Al revelarle como su Hijo, le revela como Dios y, por tanto, como Sabiduría, Justicia, Verdad y Eternidad, alimento de que tiene hambre el espíritu humano. Mas para poder tomar esos alimentos de forma plena ha de esperar hasta la resurrección de los muertos. Tenemos, pues, de una parte, la Verdad, Sabiduría, Justicia y Eternidad, y de otra, nuevamente la referencia escatológica y la esperanza.

Un último texto se halla en el *Tratado* 99, en el que el santo se enfrenta a un problema trinitario, referente a la igualdad entre las personas divinas. En ese contexto explica cómo se habla de sentidos en Dios, sin que ello implique que los tenga localizados en distintos lugares de su ser, puesto que en él es lo mismo oír que ver, etc. Y pone el ejemplo del espíritu humano, el hombre interior, al que, conociendo todo de idéntica manera, se anuncian todas las cosas por medio de los sentidos, cual cinco mensaje-

¹⁵ *Io. eu. tr.* 26, 5: «Quid est autem, *Pater quem traxerit*; cum ipse Christus trahat? Quare voluit dicere, *Pater quem traxerit*? Si trahendi sumus, ab illo trahamur cui dicit quaedam quae diligit, *Post odorem unguentorum tuorum curremus* (Cant. 1, 3). Sed quid intelligi voluit, advertamus, fratres, et quantum possumus capiamus. Trahit Pater ad Filium eos qui propterea credunt in Filium, quia eum cogitant Patrem habere Deum: Deus enim Pater aequalem sibi genuit Filium: ut qui cogitat, atque in fide sua sentit et ruminat aequalem esse Patri eum in quem credit, ipsum trahit Pater ad Filium... Vide quia tractus est, et a Patre tractus est. *Beatus es Simon Bar-Jona, quia non tibi revelavit caro et sanguis, sed Pater meus qui in coelis est* (Matth. 16,16-17). Ista revelatio, ipsa est attractio. Ramum viridem ostendis ovi, et trahis illum. Nuces puero demonstrantur, et trahitur: et quo currit trahitur, amando trahitur, sine laesione corporis trahitur, cordis vinculo trahitur. Si ergo ista quae inter delicias et voluptates terrenas revelantur amantibus, trahunt; quoniam verum est, «Trahit sua quemque voluptas»; non trahit revelatus Christus a Patre? Quid enim fortius desiderat anima quam veritatem? Quo avidas fauces habere debet, unde optare ut sanum sit intus palatum vera iudicandi, nisi ut manducet et bibat sapientiam, iustitiam, veritatem, aeternitatem? Ubi autem hoc? Ibi melius, verius ibi, plenius ibi. Nam hic facilius possumus esurire, et hoc si bonam spem habemus, quam satiari: *Beati enim, inquit, qui esuriunt et sitiunt iustitiam, sed hic; quoniam saturabuntur* (Id. 5, 6), sed ibi. Ideo cum dixisset, *Nemo venit ad me, nisi Pater qui misit me, traxerit eum, quid subiecit? Et ego resuscitabo eum in novissimo die*. Reddo illi quod amat, reddo quod sperat: videbit quod adhuc non videndo credidit; manducabit quod esurit, saturabitur eo quod sitit. Ubi? In resurrectione mortuorum, quia *ego resuscitabo eum in novissimo die*».

ros del cuerpo. Así, cuando entiende, elige y ama la Verdad inmutable, ve la Luz de la que se dice: *Era la Luz verdadera* (Jn 1,9), y oye la Palabra de la que se dice: *En el principio existía la Palabra* (Jn 1,1); y percibe el olor del que se dice: *Correremos en pos del olor de tus perfumes* (Ct 1,3), etc.¹⁶.

Lo que nos interesa aquí es advertir cómo el «correr en pos del olor de tus perfumes» lo identifica con entender, elegir y amar la Verdad inmutable. De nuevo el perfume que desprende el olor es la inmutabilidad, ahora referida a la Verdad¹⁷.

Los textos comentados presentan al cristiano –la esposa del Cantar– deseando correr en pos del olor que desprenden los perfumes de Cristo, su esposo. Esos perfumes aparecen vinculados en todos ellos a su condición divina o a su condición humana glorificada, poniendo de relieve algunos aspectos que le son propios: la incorrupción (*Coment. Sal. 37; Conf. 13*), la inmutabilidad (*Conf. 13; Tratado 99 ev. san Juan*), condición gloriosa (*Coment. Sal. 90*), la Sabiduría, Justicia, Verdad y Eternidad (*Tratado 26 ev. san Juan*).

Con referencia al cristiano, ese correr se identifica con la esperanza de poder ver a Dios (Cristo) un día cara a cara (*Conf. 13*), de que se le muestre en su condición gloriosa (*Coment. Sal. 90*), de tener acceso a su verdad inmutable (*Tratado 99 ev. san Juan*), y de participar de la Sabiduría, la Justicia, la Verdad y la Eternidad (*Tratado 26 ev. san Juan*). A otro nivel, se trata de la esperanza de llegar a ser lo que aún no se es, o sea, “como Él” (*Conf. 13*); de alcanzar la inmortalidad y estar al abrigo de toda corrupción como los ángeles (*Conf. 13*); de desconocer la putrefacción, propia de la tierra (*Comen. Sal. 37 y 90*) y, por tanto, la descomposición y el mal olor. Por ser justamente objeto de esperanza, estamos ante una realidad futura, que tendrá lugar tras la resurrección de los muertos (*Tratado 26 ev. san Juan*) y que se identifica con el sábado eterno, cuando se haya conseguido la salud plena (*Comen. Sal. 37*).

¹⁶ *Io. eu. Tr. 99, 4* «Nec mireris quod ineffabilis Dei scientia, qua novit omnia, per varios humanae locutionis modos, omnium istorum corporalium sensuum nominibus nuncupatur: cum et ipsa mens nostra, hoc est homo interior, cui uniformiter scienti per hos quinque veluti nuntios corporis diversa nuntiantur, quando immutabilem veritatem intelligit, eligit, diligit, et lumen videt de quo dicitur, *Erat lumen verum*; et verbum audit de quo dicitur, *In principio erat Verbum* (Joan. 1,9.1); et odorem capit de quo dicitur, *Post odorem unguentorum tuorum curremus* (Cant. 1, 3)... ».

¹⁷ El santo concluye el relato de su ascensión en el libro séptimo de las *Confesiones* indicando que no llevaba consigo otra cosa que un recuerdo enamorado que anhelaba el olor de aquellos manjares que no podía comer todavía: «repercussa infirmitate redditus solitis non necum ferebam nisi amantem memoriam et quasi olefacta desiderantem, quae comedere nondum possem» (*Conf. 7,17,23*).

San Ambrosio afirma expresamente lo que san Agustín sobreentien- de. Del obispo de Milán son estas palabras, que el neófito Agustín pudo haber oído de su boca cuando escuchaba sus catequesis de preparación para el bautismo: «¡Cuántas son hoy las almas renovadas que, llenas de amor a ti, Señor Jesús, te dicen: *arrástranos tras de ti; correremos tras el olor de tus vestidos*, para aspirar el olor de la resurrección»¹⁸. El buen olor de los vestidos de Cristo es el olor de su resurrección. Hablar de la resurrección de Jesucristo equivale a hablar de su condición humana (su vestido) ya glorificada, liberada de todas las consecuencias del pecado que asumió, aun sin haber asumido el pecado, y dotada de incorruptibilidad, inmutabilidad e inmortalidad (cf. 1 Cor 15,54). Esa condición, cabe decir en nuestro contexto, es la que anhela vivamente alcanzar el siervo de Dios que corre “en pos del olor de sus perfumes”.

Aunque es tardío, cabe traer aquí un texto de la obra *La Trinidad*. Después de citar íntegramente 1 Jn 3,2, comenta el santo: “Según estas palabras, la semejanza perfecta tiene lugar en esta imagen cuando adquiera la visión perfecta”, y añade: “Aunque es posible aceptar que el apóstol Juan haya dicho esto también con referencia a la inmortalidad corporal. También en este aspecto seremos semejantes a Dios, sí, pero semejantes sólo al Hijo, el único de la Trinidad que recibió un cuerpo, en el que resucitó tras haber muerto y al que elevó al cielo”¹⁹. El siervo de Dios que corre en pos de los perfumes de Cristo, que anhela el buen olor de Cristo, no sólo desea contemplar su rostro divino, sino también participar en su propio ser de la condición de Cristo ya resucitado; es decir, desea verse liberado de todos los límites y miserias que sufre en su cuerpo en esta vida: del hambre, de la sed, del frío, del cansancio, de la rebelión del cuerpo contra el espíritu. En definitiva, desea verse libre de toda necesidad²⁰.

¹⁸ *De mysteriis*, 5,29: «Hoc est unguentum de quo et Salomon ait: *Vnguentum exinani- tum est nomen tuum, propterea adolescentulae dilexerunt te et adtraxerunt te* (Ct.1,2). *Quantae hodie renouatae animae dilexerunt te, domine Iesu, dicentes: Adtrahe nos post te, in odorem uestimentorum tuorum curremus* (Ct 1,3), ut odorem resurrectionis haurirent». Cf. también, *ib.* 1,3: «... et bonum odorem uitae aeternae inhalatum...».

¹⁹ *Trin.* 14,18,24: «... Quanquam possit hoc a Ioanne apostolo etiam de immortalitate corporis dictum videri. Et in hac quippe similes erimus Deo, sed tantummodo Filio, quia solus in Trinitate corpus accepit, in quo mortuus resurrexit, atque id ad superna pervexit».

²⁰ La carencia de toda necesidad es un dato constante en la descripción agustiniana de la vida bienaventurada futura: *S.* 127,7,11: «Dixi quod viventes erimus, quod salvi et incolu- mes, quod famen sitimque non patiemur, quod in lassitudinem non cademus, quod somnus non nos premet»; *ib.* 3,3. *S.* 252,9,9: «Quid est Alleluia? Laudate Deum. Quis laudet Deum sine defectu, nisi Angeli? Non esuriunt, non sitiunt, non aegrotant, non moriuntur. Nam et nos diximus Alleluia, et cantatum est mane hic, et cum iam adessemus, paulo ante diximus Alleluia. Odor nos quidam divinae laudis, et illius quietis attingit, sed ex maiore parte mortalitas premit.

Sobra decir que a esa plenitud de vida física va inseparablemente unida la plenitud moral. A la desaparición de toda negatividad física irá unida la desaparición también de toda negatividad moral. El pecado ya no tendrá cabida, ni, por consiguiente, el hedor que produce. Alcanzado este estado, el siervo de Dios –y, más en general, el cristiano– desprenderá personalmente el mismo olor de Cristo.

Esa condición futura ya es perceptible de algún modo en los mártires, tipos del cristiano perfecto. Más de una vez los pone san Agustín en relación con Ct 1,3 presentándolos o bien corriendo tras los perfumes de Cristo, o bien en posesión ya de ellos.

El sermón 273 versa precisamente sobre el culto a los mártires. En cierto momento del discurso, el predicador cita este texto del Cantar de los cantares: *Retírate, cierzo; ven austro; orea mi jardín y exhalará aromas* (Ct 4,16). En cuanto viento del norte, asocia el cierzo al frío, al diablo y a las almas que se enfriaron y perdieron la caridad; por eso, la novia dice que se retire; en cambio, suplica que se haga presente el austro, asociado, en cuanto viento del sur, a la luz y el calor. Si él orea su jardín, exhalará aromas. Y, refiriéndose a las pasiones de los mártires Frutuoso, Augurio y Eulogio, comenta el santo: «estos aromas se leyeron hace poco». A la pregunta de cuáles son esos aromas, responde «Aquellos de los que dice la esposa del Señor: *Correremos en pos del olor de tus perfumes* (Ct 1,3). Este texto del Cantar de los cantares lo pone seguidamente en relación con 2 Cor 15-16. Explicando que ese buen olor aporta a unos la vida y a otros la muerte (2 Cor 2,16), señala que, si no existiese la gloria de los mártires, no existiría la envidia de los impíos, que es la que les da muerte. Así pues, el olor de los mártires es su gloria²¹. Una gloria que da vida a quienes la aman y muerte a quienes la envidian²². En síntesis, los aromas que

Lassamur enim dicendo, et membra nostra reficere volumus: et si diu dicatur Alleluia, onerosa nobis est laus Dei, propter molem corporis nostri. Nam plenitudo sine cessatione in Alleluia, post hoc saeculum et post laborem erit. Quid ergo, fratres? Dicamus quantum possumus, ut semper dicere mereamur. Ibi cibus noster Alleluia, potus Alleluia, actio quietis Alleluia, totum gaudium erit Alleluia, id est, laus Dei. Quis enim laudat aliquid sine defectu, nisi qui fruitur sine fastidio? Quantum ergo erit robur in mente, quanta immortalitas et firmitas in corpore, ut neque mentis deficiat intentio in contemplatione Dei, neque membra succumbant in continuatione laudis Dei?». Sobre las cualidades del cuerpo resucitado, cf. *c. Adim.* 1,12; *ag. christ.* 32,4; *c. Faust.* 11,3; 18,21; *s.* 127,11; 128, 5,8-9,11; 213,10; 362,11,11-13,14; *ep.* 95,7; *s.* 242,2,2; 8,11; *ciu.* 13,22; *s.* 243,4,4; 7,7; *ciu.* 13,20; 22,19,23; *Gn. Litt.* 12,35,68; *f. et symb.* 6,13.

²¹ A esa gloria ha aludido antes al decir: «illi acceperunt pro temporali salute aeternam coronam, sine fine immortalitatem» (*s.* 273,2,2).

²² *S.* 273,4,4-5,5: « impletum est quod propheticæ praedictum est in cantico canticorum: *exsurge, aquilo; et ueni, auster; et perfla hortum meum, et fluent aromata* (Ct 4,16). Tanquam dictum est, *exsurge, aquilo* (Ct 4,16). aquilonia enim pars mundi frigida est. sub diabolo tanquam

exhalará el jardín de la esposa si sopla el austro, esto es, como efecto del calor o caridad, son los que desprenden los perfumes del Señor; de ellos participan los mártires, y la prueba es su gloria (*claritudo*).

En el sermón 313 G (=Morin 2) el santo comenta las palabras de Jesús: *Llegará el momento en que quien os dé muerte piense hacer un obsequio a Dios* (Jn 16,2). No era ese el caso –dice– de los mártires Eulalia, Cristina, Cipriano, etc. Los paganos que les dieron muerte sólo pensaban en hacer un obsequio a sus ídolos. Los mártires aceptan ser asesinados para no perecer de otra manera, ser humillados para ser exaltados, morir para vivir. *En pos del olor de estos perfumes* (Ct 1,3) –continúa el predicador– corrieron los demás mártires... Fueron sembrados unos pocos granos y produjeron tal cosecha que llenaron los graneros de Cristo²³. Los perfumes en pos de cuyo olor corrieron los mártires eran, pues, el no perecer ya más, el ser exaltados, la vida sin más. En el caso concreto, consistió en asumir la muerte y la humillación, cual granos que mueren a imitación de Jesucristo, granos que, como él, están en los graneros eternos.

En el libro noveno de las *Confesiones* aparece otra perspectiva. En él refiere el santo un hecho que había ocurrido en Milán, cuando los católicos, guiados por el obispo san Ambrosio, se enfrentaron a la emperatriz Justina, empeñada en favorecer a los arrianos. Descubiertos los restos *incorruptos* de los mártires Gervasio y Protasio, cuando eran trasladados a la basílica ambrosiana un ciego conocido en toda la ciudad recobró la vista, después de haber tocado con el pañuelo sus cadáveres. El hecho corrió de boca en boca, provocó el entusiasmo de la comunidad católica e hizo que se aplacase el furor de la emperatriz. Luego, refiriéndose a sí mismo, comenta el santo: «Y entonces, no obstante la fragancia de tus per-

sub aquilone animae friguerunt, et caritatis calore perditio gelauerunt. Sed quid ei dicitur? *Exsurge, aquilo... exsurge. ueni, auster*, uentus de parte lucis atque feruoris: et perfla hortum meum, et fluent aromata [Ct 4,16]. *Ista paulo ante aromata legebantur*. 5,5. *Quae sunt ista aromata? De quibus dicit ipsa dominica sponsa: post odorem unguentorum tuorum curremus* [Ct 1,3]. *Cuius odoris memor apostolus Paulus dicit: Christi bonus odor sumus in omni loco, et in his qui salui fiunt, et in his qui pereunt* (2 Cor 2,15)... *odor iste uegetat diligentes, necat inuidentes. Si enim non esset claritudo sanctorum, inuidia non surgeret impiorum. Coepit persecutionem pati odor sanctorum: sed quomodo ampullae unguentorum, quanto magis frangebantur, tanto amplius odor diffundebatur».*

²³ S. 313 G,3 : «... *ueniet hora, ut, qui vos occiderit, putet se obsequium praestare dei* (Ioan. 16,2), non pertinet ad illos martyres, de quibus erat ista, cuius celebramus solemnitatem. *Ista enim sancta Eulalia, de provincia Hispania, sancta et fortis mulier, quae per affectum uicit sexum, sicut sancta Crispina, sicut beatus Cyprianus... a paganis occisi sunt... Non se obsequium deo, sed idolis praestare putauerunt. Occidentur ergo ne pereant humiliantur, ut exaltentur; moriuntur, ut uivant. Sic est factum. Ideo post odorem unguentorum cucurrerunt et caeteri... Pauca grana seminata sunt, et tantam messem fecerunt, et horrea Christi impleuerunt».*

fumes, no corríamos en pos de ti (cf. Ct 1,3). Por ello lloraba tan abundantemente durante el canto de tus himnos: al principio sólo suspiraba por ti y finalmente, respiraba al menos el poco de aire que circula en una choza de heno»²⁴. Los perfumes que desprendían el olor que Agustín era entonces incapaz de percibir eran la incorrupción del cuerpo de los mártires y la salud de su vista que el ciego había recuperado por medio de ellos. Es el perfume de Cristo del que ha hecho partícipes a sus mártires, de lo que es prueba la incorrupción de sus cuerpos, anticipo ya de la incorrupción futura²⁵.

6.7. Mirada retrospectiva a la Regla

Si estamos en lo cierto al optar por *flagrantes* y por interpretar el buen olor de Cristo básicamente desde Ct 1,3, ambas opciones se muestran fructíferas para la interpretación no sólo de la frase que nos ocupa, sino también del conjunto de la Regla. Veamos este último aspecto.

Al estudiar la estructura de la Regla, indicamos que la sección C –primer párrafo del capítulo octavo– representaba la alternativa a la sección B –capítulos del dos al siete–. Es decir, en la sección B el legislador contempla situaciones negativas que encuentran o pueden encontrar los siervos de Dios a las que quiere que hagan frente y con ese fin les ordena lo que ordena. Mas para que el siervo de Dios sienta fuerzas para cumplir lo

²⁴ *Conf.* 9,7,16: «Tunc memorato antistiti tuo per visum aperuisti, quo loco laterent martyrum corpora Protasii et Gervasii, quae per tot annos incorrupta in thesauro secreti tui recondideras, unde opportune promeres ad coercendam rabiem femineam, sed regiam. Cum enim propalata et effossa digno cum honore transferrentur ad Ambrosianam basilicam, non solum quos immundi vexabant spiritus, confessis eisdem daemonibus sanabantur, verum etiam quidam plures annos caecus civis civitatisque notissimus, cum populi tumultuantis laetitiae causam quaesisset atque audisset, exsilivit, eoque se ut duceret, suum ducem rogavit. Quo perductus, impetravit admitti, ut sudario tangeret feretrum pretiosae in conspectu tuo mortis sanctorum tuorum (Psal. 115, 15). Quod tibi fecit, atque admovit oculis, confestim aperti sunt. Inde fama discurrens, inde laudes tuae ferventes, lucentes, inde illius inimicae animus etsi ad credendi sanitatem non ampliatus, a persequendi tamen furore compressus est. Gratias tibi, Deus meus. Unde et quo duxisti recordationem meam, ut haec etiam confiterer tibi, quae magna oblitus praeterieram? Et tamen tunc cum ita fragraret odor unguentorum tuorum, non currebamus post te (Cant. 1, 3), et ideo plus flebam inter cantica hymnorum tuorum, olim suspirans tibi, et tandem respirans, quantum patet aura in domo faenea».

²⁵ En un sermón el santo identifica los aromas con los mártires, cuyas pasiones se habían leído previamente. *S.* 273,4,4-5,5: «et perfla hortum meum, et fluent aromata [Ct 4,16]. Ista paulo ante aromata legebantur. Quae sunt ista aromata? de quibus dicit ipsa dominica sponsa: post odorem unguentorum tuorum curremus [Ct 1,3]». Por otra parte, la hagiografía cristiana está llena de tradiciones que hablan del perfume que desprenden los cadáveres de los santos. A propósito de santa Mónica, se cuenta que, cuando se abrió el sarcófago, «*There were only dry stones, but there were full of those odours of life and immortality which are generally*

preceptuado necesita un estímulo objetivo; necesita que se le ofrezca una alternativa a lo que tiene que dejar. De esa alternativa habla justamente la sección C. Ya más en concreto, la frase «enardecidos por el buen olor de Cristo» –Regla 8,1c– hay que ponerla en relación con los capítulos tercero y cuarto, pues representa la alternativa recta y sana a las apetencias torcidas presupuestas en dichos capítulos. Veamos si cuadran los datos.

En el capítulo tercero el legislador tiene presente la condición física de los siervos de Dios, contemplando estas tres posibilidades: que esté sano, que esté débil o que esté enfermo. Su interés está centrado en conservar o recuperar la salud. En consecuencia, al que está sano, le ordena no excederse en el ayuno y la abstinencia porque podrían dañarla. Al que está débil, por las razones que sean, le permite quebrantar el ayuno, siempre que se mantenga dentro del horario establecido, y le concede privilegios en cuanto a la calidad de los alimentos, vestimenta y ajuar de cama. Con referencia al enfermo, ordena que se le dé lo necesario para que pueda restablecerse cuanto antes. Todo ello presupone el convencimiento de que la propia realidad física tiene un valor para el cristiano; que el cuerpo es un bien y que no está destinado a la destrucción, sino que ha de sobrevivir a la muerte física misma.

A otro nivel, san Agustín asume que ningún hombre está sano; que, al menos, su salud no es plena. Ni siquiera aquel al que, en la concepción ordinaria, se le considera sano. La prueba está en que no hay nadie que no necesite comer y beber, vestirse, descansar²⁶. Menos aún posee la salud plena el débil, que experimenta de un modo particular o más intenso los males indicados, comunes a todo hombre. Y menos todavía la posee el enfermo que, por definición, carece de salud. Todo ello es prueba de la corrupción que anida en la realidad física de todo hombre, como consecuencia del pecado de origen.

El legislador ordena a todos alimentar el cuerpo y simultáneamente el espíritu. Al sano le manda, además, domar el cuerpo con ayunos y abstinencias de comida y bebida; que no se sienta preterido porque a él no se le da en alimentos, vestido y ajuar de cama lo que se da a los débiles o enfermos. Al débil le prescribe que no busque aprovecharse de su estado de debilidad para satisfacer unas apetencias injustificadas y que no ponga

emitted by relics of the saints. An eye-witness says: 'From those relics issued an indescribable aroma, which clung to the hands and vestments, and which never disappeared. This aroma was unlike all other perfums, even the most exquisite ones could not compare with it; it raised the soul to God'' (E. BAUGAUD, History of St. Monica, Devon 1983, London 1866, p. 352).

²⁶ «aliquid alimenterum, uestimentorum, stramentorum, operimentorum datur...» (praec. 3, xxx)

su objetivo en tener más, sino en necesitar menos. En este contexto, san Agustín trae a colación el dicho senequiano según el cual es mejor necesitar menos que tener más. Todas estas prescripciones constituyen una prueba ulterior de que, para el santo, la salud del siervo de Dios no es plena. Sólo que aquí entra ya un componente moral. De hecho, estas recomendaciones parten del presupuesto de que el siervo de Dios tiende a concederse unas veces menos y otras más de lo que le es necesario. Detrás de todo está, sin duda, la existencia de la muerte, que puede llevar al que toma conciencia de ella a dos comportamientos contrapuestos. Uno, el de quienes, conscientes de que el hambre y la sed son «enfermedad» –no la única– que conduce a ella, tratan de cerrarle el camino con la medicación adecuada, la comida y la bebida, pero en dosis inadecuada, que en definitiva produce el efecto contrario al deseado; otro, el de quienes, al no creer en una vida futura, se aplican el dicho: «comamos y bebamos, que mañana moriremos», abusando del alimento y dañando aún más su ya deficiente salud.

A partir del diagnóstico de la realidad, el santo ha prescrito lo que le parecía adecuado, en función del objetivo de la salud plena. Pero el legislador parece haberse hecho la pregunta de si el siervo de Dios será capaz de cumplir todo lo que le ha prescrito y haberse respondido que, por sí solo, no; que sólo le será posible bajo determinada circunstancia: que Dios le otorgue la gracia, esto es, el amor que le haga enardecerse por el buen olor de Cristo y correr tras él²⁷. Si, bajo la acción de la gracia, el siervo de Dios fija su mirada en Jesucristo, ya resucitado, Dios y hombre en plenitud; si, utilizando la imagen del Cantar de los cantares, llega a percibir, aunque sea tenuemente, el olor de sus perfumes, correrá en pos de él, deseará alimentar su espíritu con la verdad que le aporta su condición divina y poseer un cuerpo como el de él, libre ya de toda necesidad y corrupción, de las que provienen no pocos males morales. Si Jesucristo, mediante la gracia, se le revela en lo que es, esa misma revelación será como la soga que le arrastre hacia él. La particularidad del caso está en que no le arrastrará violencia alguna sino el amor a la plenitud descubierta. En ese caso, en cuanto le sea posible, alimentará su espíritu comenzando ya aquí la contemplación que espera para el futuro y dará al cuerpo todo lo que necesita porque, aunque haya de morir, convivirá con él por toda la

²⁷ Como explicación de la continencia y desprecio de este mundo por parte de los anacoretas, el santo señala que «ardían en el amor de Dios»: «*multi usque adeo tanto dei amore flagrant, ut eos in summa continentia atque mundi huius incredibili contemptu etiam solitudodlectet (mor. 30,64 [J. K. KOYLE, Augustine's "De moribus ecclesiae catholicae". A Study of the Work, its Composition and its Sources, The University Press, Fribourg Switzerland 1978, p. 294].*

eternidad²⁸ y participará de la felicidad²⁹; pero, a su vez, al cuerpo le concederá sólo lo que necesite porque, de lo contrario, se derivarán daños para el espíritu o para el mismo cuerpo, y porque, mirando a Jesucristo resucitado, advertirá que la salud plena no consiste en satisfacer necesidades, sino en carecer de ellas. Y lo que ello pueda significar de renuncia, será capaz de sobrellevarlo, movido por el deseo de la plenitud futura³⁰.

En la estructura de la Regla, el capítulo cuarto forma una unidad con el tercero. En el trasfondo del capítulo se halla un triple convencimiento del legislador: que la sexualidad está al servicio de la procreación; que el miedo a la muerte lleva al hombre a querer perpetuarse en los hijos; que, como consecuencia del pecado, también en el ámbito de la sexualidad se da la rebelión del cuerpo contra el espíritu, manifestada en la lujuria, nueva prueba de que el hombre carece de salud plena. En ese contexto, el capítulo contiene normas para proteger la castidad, con medidas tanto preventivas como curativas. El siervo de Dios ha de evitar agrandar con malicia a las mujeres para no desagradar a Dios; los demás, por su parte, cuando adviertan esa malicia en alguno de ellos, han de actuar con la palabra para que la corrupción no llegue a apoderarse del corazón de ellos. Sin afirmarlo expresamente, el legislador parte del presupuesto de que todos los siervos de Dios han elegido vivir el celibato consagrado.

Pero de nuevo surge la pregunta: ¿será suficiente con prescribir algo para que los siervos de Dios lo cumplan? La respuesta será la misma de antes: no; los preceptos solos no bastan; pero podrán cumplirlos si, bajo la acción de la gracia, descubren el buen olor de Jesucristo que les impulse a correr tras él. En ese caso, el religioso, enamorado de Jesucristo, ya no buscará satisfacer sus apetencias sexuales ni buscará mujer. Su alma se convertirá en la esposa de Cristo. Y si ya le arrastra su perfume, ya no le seducirán otros perfumes³¹; si en él encuentra una vida sin fin, ya no necesita perpetuarse en los hijos³².

²⁸ Para san Agustín sólo se podrá hablar de vida y salud ordenada cuando convivan en paz el cuerpo y el espíritu (cf. *Ciu.* 19,14).

²⁹ S. 30,3,4: «Totum sanum sit volo, quia totus sum ego. Nolo ut a me caro mea, tanquam extranea, in aeternum separetur, sed ut mecum tota sanetur».

³⁰ Así, hablando de san Lorenzo dice el santo en un sermón: «ideo... gloriosus martyr atroces incendiorum flammis non pertimescebat in corpore, quia ardentissimo caelestium gaudiorum desiderio flagrabat in mente» (s. 304,4,4). Habla de otros sufrimientos, pero el argumento sirve igual.

³¹ El efecto seductor del perfume lo pone bien de relieve san Jerónimo en la célebre carta 22 a la virgen Eustoquio, cuando escribe: «Sunt alii –de mei ordinis hominibus loquor–, qui ideo ad presbyterium et diaconatum ambiunt, ut mulieres licentius uideant. Omnis his cura de uestibus, si bene oleant, si pes laxa pelle non folleat... *Tales cum uideris, sponso magis aestimato quam clericos*» (*Epist.* 22,28; BAC 530, Madrid 1993, p. 239).

³² S. 335 L,2: «Necessaria uxor in rebus humanis, ut nascantur victuri morituris succesuri. Ibi autem quid opus est coniuge, ubi non opus est prole? Quid enim opus est illic ut nascantur filii, ubi parentes non moriuntur...»; cf. también s. 262,15,18.

Dos detalles textuales del capítulo cuarto de la Regla permiten ponerlo en relación con el pasaje del capítulo octavo que comentamos. Si es correcta nuestra interpretación del mismo, hecha a la luz del Ct 1,3, es decir, en un marco esponsal como es el del Cantar de los cantares, entonces adquiere importancia el empleo de los verbos «agradar», «desagradar» en el parágrafo quinto del capítulo cuarto³³, que quizá remita al lenguaje paulino en 1 Cor 7,23³⁴. La segunda referencia remite a la idea del olor. El legislador motiva la intervención de los siervos de Dios cuando adviertan el mal de la lascivia en la mirada de alguno de los hermanos con el argumento de que así evitan que la podredumbre se apodere del corazón de ese hermano³⁵. Ahora bien, la podredumbre va asociada al mal olor, que, por contraste, remite al buen olor del capítulo octavo. Por más que la esposa corra seducida por el perfume del Esposo, éste nunca se dejará alcanzar, si ella desprende el mal olor proveniente de la corrupción del pecado, y específicamente del pecado de lujuria.

Igual que los mártires, el siervo de Dios se encuentra ante la necesidad de tener que elegir entre la hermosura de la carne y la hermosura de la Sabiduría inmarcesible. Al no poder quedarse con las dos cosas a la vez opta por lo mejor, pues «se defrauda a sí mismo quien pierde lo mejor por amar lo peor; sólo que quien pone su deleite en placeres lascivos no es consciente del fraude que se hace en los bienes celestes»³⁶.

Así, pues, según el legislador, al conferir al siervo de Dios el amor que le hace arder en deseos del buen olor de Cristo, Dios le lleva a apostar de lleno por la vida futura inmortal frente a la vida presente, transitoria y llena de calamidades; a apostar por el gozo de la compañía eterna de Dios frente al placer que le ofrece la comida, la bebida, el vestir bien, el descanso placentero y el sexo; a hacer depender la propia pervivencia del poder de Dios de devolver a la vida y no de los propios hijos, por lo que siente que es innecesario contraer matrimonio. El buen olor de Cristo es pervivencia, es inmortalidad, es gozo de la compañía de Cristo. Cristo «ilumina» el caminar del siervo de Dios.

Una referencia a la *Carta 22* de san Jerónimo puede esclarecer la interpretación que acabamos de dar. En ella cuenta el célebre monje

³³ «Illi ergo vir sanctus timeat *displicere*, ne uelit feminae male *placere*» (*Praec.* 9,5, l. 99-100).

³⁴ «El no casado se preocupa... de cómo *agradar* al Señor. El casado se preocupa... de cómo *agradar* a su mujer».

³⁵ «... ne perniciosius putrescat in corde» (*Praec.* 4,8, l. 118-119).

³⁶ *S.* 335 C (LAMBOT 2), 4.

cómo, en medio de la mayor austeridad, su imaginación se hallaba a menudo ocupada con imágenes de muchachas danzando. Aunque su rostro estaba pálido por los ayunos, su alma ardía de pasión dentro de su cuerpo helado. En ella sólo hervían sus apetitos. En esos momentos él, cual nueva mujer pecadora, se arrojaba a los pies de Jesús, los regaba con sus lágrimas, los enjugaba con sus cabellos (cf. Lc 7,38) y domaba su carne con ayunos que duraban semanas. Tras describir sus ejercicios ascéticos, concluye: «Y el Señor mismo me es testigo de que, después de muchas lágrimas, después de estar con los ojos clavados en el cielo, me parecía hallarme en medio de los ejércitos angélicos; entonces cantaba con alegría y regocijo: *En pos de ti corremos al olor de tus perfumes*»³⁷. El texto reclama dos consideraciones. La primera, que en él aparecen asociados la lujuria y el perfume, al haber ungido con él los pies de Jesús la mujer pecadora con que se identifica Jerónimo. La segunda, que el deseo de mujeres (dato negativo) del monje Jerónimo y sus ayunos (dato positivo) terminan con Jerónimo corriendo en pos de Cristo al olor de sus perfumes (Ct 1,3). Habida cuenta que san Agustín había leído ciertamente esta carta de san Jerónimo³⁸, ¿no cabe ver en ello una prueba de que es correcta la interpretación dada? Y más aún, ¿no tendremos en este texto jeronimiano un principio inspirador de la unidad segunda de la Regla, tanto en la sección B como en la C? El tema del ayuno (capítulo tercero) y el del deseo de las mujeres (capítulo cuarto) tienen su término en el correr tras el buen olor de Cristo (capítulo octavo)?³⁹ Ciertamente que hay diferencias entre un texto y otro⁴⁰, pero lo interesante es aquí la estructura básica⁴¹.

³⁷ Ep. 22,7.

³⁸ De hecho, los autores reconocen que es la fuente de los datos sobre el monacato que ofrece san Agustín en la obra *De moribus ecclesiae catholicae*. Cf. A. ZUMKELLER, *Das Mönchtum des hl. Augustinus*, Würzburg 19682, p. 348, n. 2. A. MANRIQUE, *La vida monástica en san Agustín. Enchiridion histórico-doctrinal y Regla (a. 373-430)*, El Escorial-Salamanca 1959, p. 53, n. 50; p. 58, n.58. L. CILLERUELO, *El monacato de san Agustín*, Valladolid 1966, p. 107ss. A. DE VOGÜÉ, *Histoire littéraire du mouvement monastique dans l'antiquité 2*. Du Cerf, Paris 1993, pp. 110-111. Amplia discusión en J. K. KOYLE, *Augustine's "De moribus ecclesiae catholicae"*, pp. 211-221.

³⁹ Todavía se puede añadir algo más: la referencia escatológica en las palabras: "me parecía hallarme en medio de los ejércitos angélicos", que posiblemente remiten a Mt 22,30 («Pues en la resurrección ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo»).

⁴⁰ A propósito del ayuno, Agustín no acepta las exageraciones de Jerónimo; respecto del deseo de mujeres, en principio san Agustín no lo da como un hecho, sino que trata de prevenirlo en sus monjes.

⁴¹ Todavía es preciso poner de relieve un detalle más, ahora en relación con el buen olor. Hablar de olor comporta meter en causa el sentido del olfato. Esto nos conduce a la relación, señalada en otro momento, entre el examen de conciencia agustiniano del libro décimo de las

6.8. Desde una vida santa

El texto de la Regla especifica «desde una vida santa» (*de bona conversatione*). ¿Qué pretende decir el legislador con estas palabras? Interpretamos: que el ardiente deseo del buen olor de Cristo surja de una vida santa, o que la vida santa sea la expresión de ese deseo. Pero ¿en qué consiste para san Agustín esa vida santa del religioso? Para explicarlo, nada mejor que recurrir una vez más a los dos textos básicos usados para la interpretación del *bono Christi odore... flagrantis*: el *Comentario al salmo 37,9* y *El trabajo de los monjes 28,36*.

El primer texto comenta el versículo sexto del salmo, en que el salmista –recordemos– lamenta que sus llagas se hayan llenado de podredumbre y exhalen un olor fétido⁴². Para exponerlo, el santo pasa al campo moral: Quien tiene sano el olfato del alma percibe el hedor que desprenden los pecados, hedor que es justamente el opuesto al buen olor de Cristo de que habla el Apóstol (2 Cor 2,15). Cuando el cristiano percibe el buen olor de Cristo, le dice: *Correremos tras el olor de tus perfumes* (Ct 1,3) y, a la vez, retira su olfato de aquel hedor. Hecha la aplicación concreta: el religioso que se deja seducir por el olor de los perfumes de Cristo ha de retirar el olfato de los propios hedores y, volviéndose a Cristo, tratar de respirar aire limpio en cuanto le sea posible; ha de tomar conciencia del hedor de los propios pecados y expresar su dolor por ellos⁴³. Manifestación de esa vida santa sería, pues, de forma genérica el dolor por los propios pecados, siempre hediondos, unido al deseo de impregnarse del buen olor de Cristo. En este texto el santo no exige desprenderse de ese

Confesiones y la unidad segunda de la sección B de la Regla –capítulos tercero y cuarto–. Es sabido que dicho examen de conciencia sigue la pauta de los cinco sentidos corporales. Ahora bien, de los cinco, cuatro están contemplados en dicha unidad de la sección B: dos en el capítulo tercero –el del gusto y el del oído– y dos en el cuarto –el de la vista y el del tacto–. Sólo falta el del olfato, el que ocupa el puesto central en la clasificación agustiniana y que, significativamente, aparece en la respectiva unidad segunda de la sección C con la mención del buen olor de Cristo. El legislador, pues, ha introducido los cinco sentidos en la unidad segunda –cuatro en la sección B y uno en la C– y ha vinculado las dos secciones a través de la referencia sensorial, de modo que la alternativa se mantiene en el mismo orden que aquello a lo que es alternativa. Si el gusto, el oído, el tacto y la vista pueden tomar una orientación equivocada, el del olfato reconduce la sensación a su justa dirección. Sólo que aquí se da un cambio de planos, pues no se trata ya del olfato físico, sino del espiritual, no del exterior, sino del interior. De esta manera salvaguarda la naturaleza de cada sección.

⁴² Cf. 37,9.

⁴³ *En. Ps. 37,9*: «Sed quia habemus per Spiritum ipsum odorem, ut dicamus sponso nostro, *Post odorem unguentorum tuorum curremus* (Cant. 1,3), *avertimus a putoribus nostris olfactum, et convertentes nos ad ipsum alquantum respiramus. Sed nisi ad nos oleant et mala nostra, numquam istis gemitibus confitemur: Computruerunt et putuerunt livores mei*».

mal olor, cosa imposible mientras perduren las heridas que lo despiden y que van asociadas a la condición mortal del hombre; lo que exige es que se perciba el olor de los propios males, que se sienta como hedor repelente y que suscite el propio lamento.

El segundo texto antes mencionado, que se refiere específicamente a los monjes, es algo más concreto. Según indicamos ya, presenta la profesión de siervo de Dios como un correr tras el olor de los perfumes de Cristo (cf. Ct 1,3). En este texto la novedad radica en el hecho de que los que proyectan ingresar en la vida religiosa perciben el buen olor de Cristo a través del buen olor de quienes ya la profesan. Por eso, Satanás, cuyo objetivo primero es evitar que los hombres vayan en pos de Cristo hace lo posible para que los siervos de Dios despidan el hedor de él antes que el buen olor de Cristo. En la concepción de Agustín, el monje es como un frasco cuyo contenido puede ser aromático o hediondo, según que se deje llenar por Cristo o por Satanás. La vida santa consiste, pues, en ese dejarse llenar por Cristo. Pero no faltan monjes que –para seguir con la imagen– permiten que los llene Satanás, desprendiendo así sus hedores que impiden que otros se conviertan en siervos de Dios. El texto describe con lujo de detalles comportamientos de determinados siervos de Dios que destilan hediondez:

Este es el motivo por el que el enemigo ha dispersado por todas partes tanta gente hipócrita con hábito de monje. Entre esa gente, unos recorren las provincias sin estar comisionados, estando siempre en continuo movimiento, nunca quietos, nunca domiciliados; otros negocian con reliquias de mártires, si es que son de mártires; otros airean sus fimbrias y filacterias; otros mienten afirmando al incauto haber oído que allá, sabe Dios dónde, viven sus padres o parientes, y que muy pronto vendrán a verle. Y todos piden, todos exigen, bien el beneficio de su lucrativa pobreza, bien el precio de su fingida santidad⁴⁴.

Esta claro lo que para el santo desprende hedor: la hipocresía de fondo de tales monjes. Todo lo demás son manifestaciones concretas de ese vicio que el santo tanto detesta en la vida monástica⁴⁵. Ese hedor desacredita un «propósito» tan bueno, tan santo, que san Agustín desea ver extendido por toda África. De ahí la exhortación vigorosa que dirige a esos monjes a que cambien de conducta y desprendan buen olor que res-tablezca a los que sentían asfixiados por el hedor que ellos desprendían.

⁴⁴ Cf. el texto latino en nota 6.

⁴⁵ Cf. S. 355,6.

El texto distingue entre el ideal y la situación real. El ideal, único, del siervo de Dios no es otro que conseguir el buen olor de Cristo (*correre-mos tras el olor de tus perfumes*). La situación real, en cambio, puede ser doble: una, la de quienes se han dejado impregnar del buen olor de Cristo que llega a los demás⁴⁶; otra, la de quienes al no haber dado cabida a Cristo, al menos en la medida suficiente, con su comportamiento impropio de la condición de siervo de Dios, siguen desprendiendo el hedor diabólico, que aleja a otros de correr tras el olor de los perfumes de Cristo.

En la *Carta* 48, dirigida a los monjes de la isla Cabrera, el santo obispo vuelve a hablar del buen olor de Cristo con referencia a monjes. Así les escribe: «Ya antes la voz popular y ahora los hermanos Eustasio y Andrés, mensajeros vuestros, nos trajeron el buen olor de Cristo que desprende vuestra vida santa»⁴⁷. Los monjes no aparecen aquí enardecidos por el buen olor de Cristo, como en la Regla, sino desprendiéndolo. Pero como la Regla, vincula ese buen olor a la vida santa, aunque de distinta manera. En la *Carta* el santo constata que la vida santa desprende el buen olor de Cristo; en la Regla la vida santa se manifiesta en el vivo deseo del buen olor de Cristo. La *Carta* constata una realidad presente, la Regla una realidad aún futura. ¿Se contraponen ambas perspectivas? ¿Es posible armonizarlas? Creemos que sí; de hecho, ya nos las ofrece armonizadas el mismo san Agustín.

Una y otra perspectiva se pueden armonizar recurriendo a una conocida fórmula teológica: «ya, pero todavía no». Todo religioso, por no decir todo cristiano, en la medida en que se halla integrado en Cristo participa ya de su buen olor y, por tanto, desprende ese mismo olor; pero, al mismo tiempo, como la integración no es plena aún, anhela y espera para un futuro escatológico la participación también plena en ese buen olor. La *Carta* 48 hace referencia al «ya» («el buen olor de Cristo que desprende vuestra vida»), la Regla al «todavía no» («enardecidos por el buen olor de Cristo»), mientras que tanto *El trabajo de los monjes* como el *Comentario al Salmo 37* hacen referencia a lo uno y a lo otro. La primera obra habla tanto del buen olor de Cristo de los monjes (el «ya») y de su ir en pos del olor de los perfumes de Cristo (el «todavía no»); la segunda obra indica que el ser buen olor de Cristo tiene lugar sólo en la esperanza (el «todavía no») pero, a la vez, que se posee el buen olor (el «ya»). Este último

⁴⁶ Refiriéndose a las costumbres de los monjes de Milán las describe como llenas de «tu (de Dios) perfume» (*suaveolentiae tuae: Conf. 8,6,15*)

⁴⁷ *Ep. 48,2*: «nam et ante iam fama et nunc fratres, qui uenerunt a uobis, Eustasius et Andreas bonum Christi odorem de uestra sancta conuersatione ad nos adtulerunt».

texto da también razón de esa posesión: es don del Espíritu, sin duda como anticipo de la posesión final. Pero el nivel de posesión de ese buen olor de Cristo es algo que el siervo de Dios puede aumentar; de ahí que su esfuerzo va encaminado a acrecentarlo progresivamente y a acercarse cada vez más, ya en esta tierra a la plenitud final.

En síntesis, pues, lleva vida santa aquel siervo de Dios que, a la vez que, desprende ya el buen olor de Cristo del que está parcialmente impregnado, suspira todavía por verse impregnado de forma plena y definitiva. Ahora bien, desprende el buen olor de Cristo quien vive el compromiso que ha profesado desde la más fiel autenticidad, alejado de toda hipocresía; y, de forma más genérica, el que es consciente del hedor de sus pecados, los llora y suspira por la plenitud futura en que, eliminado el mal de la mortalidad y de la corrupción, ya no existan las heridas que supuran la ponzoña hedionda del pecado. Plenitud futura hecha realidad ya en Jesucristo resucitado. De momento, el siervo de Dios aún gime en su interior esperando la redención de su cuerpo, la salud plena.

6. 9. Derivaciones

Para concluir este comentario, consideramos brevemente dos aspectos que se derivan de lo expuesto y que tocan a los siervos de Dios: la mística de la castidad y la virtud de la esperanza.

6. 9. 1. Mística de la castidad

Más de un comentarista de la Regla ha mostrado su extrañeza por la falta de teología, de “mística”, de la castidad consagrada o del celibato en ella y, más específicamente, en su capítulo cuarto. Ya lo destacamos en su momento⁴⁸. Entonces dejamos constancia de nuestro desacuerdo con ese punto de vista y apuntamos nuestro parecer: la Regla no carece de esa teología o “mística”, pero no hay que buscarla en el capítulo cuarto porque no entraba en el planteamiento del legislador –allí se centró en los aspectos ascético-morales–, sino en el capítulo octavo, específicamente en la frase «estar enardecidos por el buen olor de Cristo», si se interpreta a la luz de Ct 1,3. San Agustín entiende que, en su sentido literal, el Cantar de los cantares es un canto de amor entre dos jóvenes que se aman, un

⁴⁸ Comentario de la Regla de san Agustín. Capítulo cuarto (I), Estudio Agustiniano 38 (2003) 5-61: 36.

tiano ha de buscar un sentido más profundo, el sentido figurado. La cuestión básica consiste en saber quién es, dentro de ese sentido figurado, la esposa. El santo ve en ella unas veces a la Iglesia como conjunto de fieles, y otras veces al cristiano individualmente considerado⁴⁹. En el caso concreto de la Regla, sólo cabe pensar en la interpretación individual: la esposa es cada uno de los siervos de Dios. El dato introduce una nueva dimensión en la Regla. Si, con referencia a *amantes de la belleza espiritual*, hablábamos de dimensión contemplativa, ahora cabe hablar de dimensión esponsal, relacionada con la castidad. Por influjo sobre todo de Orígenes y de san Gregorio de Nisa en oriente y de san Ambrosio en occidente, el Cantar de los cantares ha alimentado en buena medida la mística cristiana. San Agustín introduciría así esa mística en su vida monástica. Sobre esta base, el siervo de Dios que anhela vivamente el buen olor de Cristo se transfigura en la esposa del Cantar de los cantares que corre tras el esposo, seducida por el olor de sus perfumes. Ello implica que elegir el celibato o la virginidad consagrada no es renuncia al amor, sino opción distinta de amor. No es soltería afectiva, sino comunión esponsal de amor, en cuyo origen hay una seducción producida por la percepción de unos valores, presentados figuradamente como perfumes. No es mística de unión, sino simplemente del deseo ardiente. Esto parece obvio, si se acepta que el Cantar inspira el texto agustiniano que comentamos.

Pero además de la esponsal, hay otras dos dimensiones de la mística de la castidad que se derivan de dicha interpretación: la cristológica y la escatológica. La primera de ellas es consecuencia de la anterior. La esposa es tal en relación a un esposo. Y ¿quién es este? Lo indica expresamente el texto: Cristo, cuyo es el buen olor que seduce al alma del siervo de Dios. Al ver en el esposo a Cristo, san Agustín no hace sino ponerse en el surco de la tradición cristiana, ya indicada. El alma del siervo de Dios tiene, pues, una relación esponsal con Cristo, pero dando a “esponsal” el sentido latino de la palabra de “prometido” no el español de esposo. El legislador no contempla –repetimos– una mística de la unión nupcial, sino la de un deseo ardiente de ella, que sólo tendrá lugar en un momento posterior.

Desde la dimensión cristológica, la mística de la castidad consiste en un desear ardientemente el buen olor de Cristo, en un correr “tras el olor de sus perfumes” o, recurriendo a otro texto bíblico, en seguir al Cordero a donde quiera que vaya (cf. Apoc 14,4) para participar y disfrutar de los valores que él representa en su naturaleza humana ya glorificada. Aunque con otras palabras, en el texto de la Regla se percibe la misma música presente en este otro de la obra *La santa virginidad*:

⁴⁹ S. 147 A (DENIS 12), 2.

⁵⁰ Cf. A. GENOVESE, *S. Agostino e il Cantico dei cantici. Tra esegesi e teologia*, Studia Ephemeridis Augustinianum 80, Roma 2002, 167ss.

valores que él representa en su naturaleza humana ya glorificada. Aunque con otras palabras, en el texto de la Regla se percibe la misma música presente en este otro de la obra *La santa virginidad*:

¡Adelante, pues, santos de Dios, chiquillos y chiquillas, varones y mujeres, célibes de uno y otro sexo! Caminad con perseverancia hasta el fin. Alabad con más dulzura al Señor en quien pensáis más frecuentemente; esperad con mayor felicidad a aquel a quien servís más asiduamente; amad con mayor ardor a aquel a quien ponéis mayor atención en agradar (cf. 1 Cor 7,47). Con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas, estad a la espera del Señor cuando vuelva de la boda (cf. Lc 12,35)⁵¹.

Poco después continúa en estos términos:

(San Juan) escribió acerca de vosotros porque seguís al Cordero a dondequiera que va (cf. Apoc 14,4). Y ¿a dónde pensamos que va el Cordero, lugar al que nadie osa o puede seguirle, sino vosotros? ¿A dónde pensamos que se encamina? ¿A qué bosques y praderas? Allí –creo– donde el pasto son los gozos, no los gozos vanos de este mundo, ni las locuras engañosas; tampoco gozos como los que tendrán en el reino de Dios mismo sus restantes moradores no vírgenes, sino cualitativamente distintos de todos los demás. El gozo de quienes han optado por la virginidad por Cristo es el gozo que procede de Cristo, se experimenta en Cristo, se comparte con Cristo, se consigue yendo tras Cristo, a través de Cristo, por motivo de Cristo. Los gozos propios de quienes han seguido la virginidad por Cristo no son los mismos de quienes no han optado por la virginidad, aunque también ellos sean de Cristo. En efecto, hay otros gozos para estas personas, pero aquellos son sólo para ellos. Id tras estos, seguid al Cordero, puesto que también la carne del Cordero fue ciertamente virgen⁵².

⁵¹ *S. virg.* 27,27: «Pergite itaque, sancti Dei, pueri ac puellae, mares ac feminae, caelibes et innuptae; pergite perseveranter in finem. Laudate Dominum dulcius, quem cogitatis uberius; sperate felicius, cui servitis instantius; amate ardentius, cui placetis attentius. Lumbis accinctis et lucernis ardentibus exspectate Dominum, quando veniat a nuptiis (Luc. 12,35-36)».

⁵² *ib.* : «... et quia sequimini Agnum quocumque ierit, scripsit ille de vobis (Apoc. 14,2-4). Quo ire putamus hunc Agnum, quo nemo eum sequi vel audeat vel valeat nisi vos? Quo putamus eum ire? in quos saltus et prata? Ubi credo sunt gramina gaudia; non gaudia saeculi huius vana, et insaniae mendaces, nec gaudia qualia in ipso regno Dei caeteris non virginibus erunt, sed a caeterorum omnium gaudiorum sorte distincta. Gaudium virginum Christi, de Christo, in Christo, cum Christo, post Christum, per Christum, propter Christum. Gaudia propria virginum Christi, non sunt eadem non virginum, quamvis Christi. Nam sunt alii alia, sed nullis talia. Ite in haec, sequimini Agnum, quia et agni caro utique virgo». Desear ardientemente el buen olor de Cristo e ir tras el cordero son dos imágenes de la misma realidad. Apoc. 2,4 es aplicado a los célibes también en s. 304,2,2.

Desear ardientemente el buen olor de Cristo, correr tras el olor de sus perfumes o seguir al Cordero a donde quiera que vaya remite a un presente (celibato/virginidad) –dimensión esponsal– y aun futuro –dimensión escatológica–. Conseguir el buen olor de Cristo que tan vivamente desea, es decir, participar también él de la incorrupción, inmortalidad y plenitud de vida de Cristo, ajena a toda corrupción física o moral, es realidad que sólo será posible al siervo de Dios tras la resurrección de los muertos, en el futuro escatológico. Mientras dure la vida presente está sujeto a la muerte, a la corrupción y al mal olor que de esta se deriva. Mientras llega aquel momento, el siervo de Dios vive en actitud de espera, pero una espera activa: en la medida de lo posible, trata de anticipar en el ahora el futuro que anhela; limita sus necesidades, a la espera del momento en que ya no tendrá necesidad alguna; renuncia ya ahora al matrimonio, realidad transitoria (cf. Mt 23,30).

Estos tres aspectos de la mística de la castidad están recogidos en el *Perfectae caritatis*⁵³. Pero en comparación con la teología del Vaticano II, falta un aspecto importante: en la Regla no se percibe en modo alguno que la castidad sea «un medio aptísimo para que los religiosos se consagren fervorosamente a las obras de apostolado»⁵⁴. Al respecto, todo parece resolverse en una perspectiva personal, no social, en una relación individual con Jesucristo. Todo ello se puede entender si se tiene en cuenta que es una Regla para siervos de Dios laicos, no clérigos, que, además, pasan su vida dentro del monasterio, aunque determinadas necesidades les permitan u obliguen ocasionalmente a salir de él.

6.9.2. La esperanza

Al comentar la expresión «enamorado de la belleza espiritual» pusimos de relieve la primera de las virtudes teologales, la fe. Era la condición indispensable para captar la belleza objeto del amor. Ahora hemos de añadir que la segunda virtud, la esperanza, puesta en relación con el deseo ardiente del buen olor de Cristo y ya aludida al hablar de la dimensión escatológica de la castidad, es igualmente imprescindible. En realidad, la expresión del legislador coincide en cuanto a su contenido con la esperanza misma. Además, ella sostiene la ascesis que reclama el adecuado cuidado de la salud física exigido por el capítulo tercero y la guarda de la

⁵³ Cf. *Perf. Car.* 12.

⁵⁴ *Ib.* . Añadimos que este aspecto falta también en *s. uirg.* Cf. nuestra introducción a la obra en *Obras Completas de san Agustín*

castidad en el cuarto. El siervo de Dios ha de otorgar a su cuerpo el cuidado adecuado porque espera disponer de él en el futuro; sabe que no está condenado a la destrucción definitiva, sino a participar, junto con el alma, de una inmortalidad sin corrupción.

Es evidente que la esperanza cristiana la ilumina la persona de Jesucristo, en cuanto que él permite al siervo de Dios conocer lo que espera, esto es, una resurrección y condición inmortal e incorrupta como la suya. En Cristo hombre encuentra el siervo de Dios, como todo cristiano, su propio modelo para el futuro. Por eso Agustín habla del buen olor «de Cristo». Pero ello no excluye la referencia a la persona del Padre. Él es la fuente última de esa vida y salud plenas que, a imitación de la de Cristo, el siervo de Dios espera recibir. La que reciba será como la de Cristo, por estar integrado en él, pero la recibirá del Padre.

PÍO DE LUIS VIZCAÍNO
Estudio Teológico Agustiniano
Valladolid